

go en esta escuela de la actividad práctica. Los comerciantes alemanes de Bahía, son por esto mismo muy emprendedores y se elevan rápidamente a fortunas considerables.

Terminó la noche por una cena magnífica, servida con un lujo regio, y compuesta de golosinas de las cinco partes del mundo. Dejé a la tertulia entregada todavía al baile, y entre las espumantes copas, dí gracias a la amable dueña de la casa por su cordial hospitalidad, me tiré en mi calesa y regresé a mi casa en aquella dulce noche de estío en pleno mes de Enero. Embalsamaban el aire suaves perfumes, y la luz de las estrellas resplandecía en el firmamento.

Medio muerto de fatiga, y sintiendo ya vivos dolores en todos los miembros, triste consecuencia de la insolacion, volví ya en coche, ya arrastrándome sobre mis piernas, de nuestro hotel hasta el punto de la playa en donde por primera vez, tres días antes, habia pisado el suelo de América. Horas despues, la Elisabeth humeaba y zarpaba siguiendo la costa en direccion del sur, adonde se hallan las regiones de la verdadera y santa *selva virgen*.

CAPITULO QUINTO

MATO VIRGEM

Sao Jorge dos Ilheos, 15 de Enero de 1860.

El bamboleo caprichoso y los sacudimientos desordenados de mi hamaca, unidos a vivos sufrimientos en todos los miembros, me despertaron de un sueño de plomo. En los movimientos de mi lecho, noté bien que la vieja Elisabeth nos habia relevado en el servicio de la noche precedente; pero el baile que ejecutaba sobre el océano era mas descabellado que el pretendido wals aleman de las honradas gentes de Bahía. Sentia yo dolores insoportables, latidos y espasmos, que me representaban muy a lo vivo mi imprevision. ¡No haber pensado en abrigarme de los rayos del sol! Cuando pensaba que semejante estado tal vez no me permitiria hacer algunas correrías en los bosques vírgenes, me llenaba de pesar, tenia accesos de tristeza, de desesperacion. En aquel momento los días y las horas de mi viaje eran contados: la menor pérdida de tiempo causada por una indisposicion, se convertía en un mal irreparable para un viajero tan furioso como yo. No se pasea uno todos los días en el océano, y cuando se han gozado las delicias de este paraíso, cada hora se hace mas preciosa que el oro.

En el viaje, el punto esencial es distribuir metódicamente el empleo del día, como yo procuro hacerlo. Entónces, suponiendo que todo vaya bien, hablo de ello por experiencia, es increíble lo que se puede ver en poco tiempo. Pero se necesita energía, nervios sólidos y buena voluntad. ¡No he visitado en tres días toda Roma, la gran

Roma, la Ciudad Eterna? En esos tres días, fui tres veces al Coliseo, tres al Vaticano y tres a San Pedro; subí con Su Eminencia de Viena a la cúpula de San Pedro; visité todas las iglesias, todas las colecciones, todos los monumentos; examiné las principales obras de la magnífica biblioteca del Vaticano, y todavía me represento distintamente cada uno de los objetos más preciosos que vi en materia de estatuaria y de grabado. Y aun después de varios años, a propósito de ciertas fotografías, he tenido la satisfacción de refrescar los recuerdos de una persona que había vivido en Roma más de treinta años.

Sin embargo, en esos tres días tuve tiempo para visitar dos veces al Santo Padre, para recibir de sus manos la comunión, para oír con él dos misas seguidas de desayuno, para asistir a una misa cantada muy larga en la capilla Sixtina, para participar de varias grandes comidas, y en fin, además de todo esto, para hacer y recibir un corto número de visitas oficiales. Mas necesario es decir, que el día empezaba regularmente a las cinco de la mañana y no acababa, gracias a la más magnífica claridad de la luna, sino a la una de la madrugada.

Todavía en esta vez, en mis dolores y mis inquietudes, contaba a pesar de todo, con mi buena estrella, que en mis grandes viajes nunca me abandonó.

Era muy avanzada la mañana. Me enderecé lo mejor que pude y subí al puente. Tiempo pesado, como entre nosotros cuando sopla el siroco, reinaba en la vasta extensión del océano. El cielo estaba gris, y gris estaba el mar que parecía de plomo. Aquellas no eran olas, eran masas enormes que se levantaban y bajaban como un pecho oprimido. Es este el bamboleo que se designa entre nosotros con el nombre de *mar vecchio*, tan penoso para los pobres pescadores que les revuelve el estómago. Extendíase a nuestra derecha, hasta perderse de vista, la costa, que por todo el día se desarrolló a nuestros ojos con el aspecto monótono de una tierra virgen. Sin embargo, este espectáculo era para mí de singular interés. Esas masas de bosques que se suceden, suben y bajan en las suaves pendientes de cadenas de colinas; esas palizadas de cocoteros que llegan hasta las olas del océano, ofrecían a mis miradas un cuadro de que no podían desprenderse.

Entre esas murallas de árboles, de vez en cuando el color de las aguas hacía adivinar la desembocadura de uno de esos ríos, que, partiendo de las profundidades desconocidas de las selvas vírgenes, corriendo en olas sombrías hacia el océano, permiten al colono avanzar por aquellas tierras inexploradas y fértiles. Hemos pasado hoy por delante de varios de estos ríos; pero solo el *Rio de Contas* tiene alguna importancia. Precipitase en el mar desde el pie de aquella primera cadena de montañas detrás de la cual se extiende la provincia de *Minas Geraes*.

Un corto número de ciudades así llamadas, pero que en realidad no son más que aldeas de colonos, se desprendían a largos intervalos en el verde de la ribera. Tales son los lugares que se llaman *Cayrú, Camamú, Marahu y Rio de Contas*. En los mapas todo esto tiene un aire imponente: defacto no son las más veces más que pequeños grupos de malas habitaciones, que se forman en la desembocadura de los cursos de agua y permiten hacer el pequeño comercio de cabotaje entre los puertos más importantes y las colonias del interior. Entre nosotros se daría a lo sumo a semejantes ciudades el nombre de pueblos de pescadores.

Solo he mencionado estos nombres porque la mayor parte de ellos son de origen indígena. Mas tarde es cuando los nombres de santos se multiplicaron y borraron las denominaciones primitivas. El gobierno se empeña hoy en hacer reaparecer poco a poco los antiguos nombres históricos, con el fin, según se me dijo, de remediar la enmarañada confusión que produce la repetición frecuente de ciertos nombres, particularmente la de los santos más populares. Las expresiones indígenas tienen muy original armonía, acaso un poco dura para los órganos portugueses; pero su significado es casi siempre característico y no carece de poesía. Por ejemplo, ¡cuán feliz no es la palabra indígena *Nighteroy* [aguas tranquilas], para designar la gran bahía cerrada de *Rio Janeiro*! ¡Cuán ridículo es al contrario el nombre portugués de *Rio Janeiro*! Es absolutamente como la etimología de *lucus, á non lucendo*: porque justamente en este lugar no hay corriente que desagüe en la bahía. Apenas unos de esos grupos de casas se desvanecían a nuestros ojos, cuando se nos presentaban los largos espacios verdes é inhabitados, y los bosques semejantes a un mar sin límites. En el océano, cuando

aparece en el horizonte un punto blanco, una vela lejana, esta vista despierta en el navegante un sentimiento de curiosidad simpática: nuestra alma se lanza hácia esa pequeña mancha, a ese punto sobre el cual, unos desconocidos, nuestros semejantes, van en pos de su destino. Así también en el seno de aquel mar de verdura, mira uno levantarse al cielo las blancas columnas de humo que dejan adivinar al viajero que allí mismo, entre aquellas olas inmensas de follaje, una existencia independiente é ignorada lucha y se sostiene a fuerza de trabajos. Los ojos del pasante se fijan con interés en esas manifestaciones silenciosas de una vida solitaria, y no sin cierta melancolía se representa la imaginación el modo de vivir de esos seres, que, tan lejos del mundo, separados de todo lo que les fué caro y precioso, por causas que no podrían adivinarse, han ido a buscar un asilo en la vasta é impenetrable selva. Esas columnas de humo, son los límites miliarios de la civilización que tiende a brotar del seno del bosque virgen; son los fuegos de vivac de las avanzadas de los valientes gastadores enviados por la Providencia. Agobiados de disgustos y pesares en el antiguo mundo, han tomado la hacha del colono, para ir, sin saberlo, a servir de primeros instrumentos a esa misma civilización que avanza siempre. Cuando se piensa en los motivos que han arrojado a tantos valientes luchadores a las salvajes soledades, el corazón se siente entristecido a la vista de esas columnas de humo: una simpatía secreta dirige involuntariamente la mirada del lado de esos gérmenes de vida. Pero desde que se ha visto a los colonos y se ha tenido alguna relación con ellos, esa simpatía se trueca en profunda melancolía, y al alejarse, se vuelve uno para mirar largo tiempo, largo tiempo más, esas señales que se elevan al cielo.

Hay en la naturaleza cuadros mudos y privados de vida, que hablan con fuerza y elocuencia a una alma atenta: la mirada los interroga, el espíritu los anima ayudándose de sus recuerdos y de la poesía de sus suposiciones. Los admiradores vulgares y oficiales de la naturaleza, que trabajan según un modelo prescrito, no vuelven la cabeza a semejantes espectáculos: necesitan en sus cuadros un conjunto de objetos variados y bien dispuestos; si no tienen grupos de árboles destacados, bonitas casitas, con un campanario puntiagudo si es posible, sin hablar de un arroyo mur-

murador bordado de zarzas y de flores; si campesinos bien vestidos y bien comidos no atraviesan la campiña, luego se quejan de la monotonía. Mas yo, cuyo gusto no está sujeto a ningún modelo ni a regla alguna, encuentro estos cuadros, que se llaman monótonos, singularmente curiosos y simpáticos. Un paisaje coqueto, variado y opulento, me inspira a lo más la idea de un bienestar pacífico: es para mí la expresión de una felicidad prosáica. Mientras que en los grandes cuadros, la fantasía acecha y trabaja; en ellos nada hay ordenado, nada acabado; el sentimiento y la poesía tienen delante de sí abierto vasto campo.

Tal es el carácter que presenta la costa del Brasil. Desde luego el sentimiento de lo infinito se apodera de nosotros, cuando ante nuestra vista, semejante a un océano, el bosque virgen desarrolla sus olas infinitas y gigantescas. El pensamiento se abisma en las regiones deshabitadas y sin límites, ya sea que la mirada vague sobre la superficie espumosa de las aguas, ya sobre los llanos de atrás que no han cambiado desde la creación. Además, nuestro espíritu es asaltado por los recuerdos del mundo de los libros: descripciones de las magnificencias de América, historias del descubrimiento del nuevo continente, las horas sucesivas de la aparición de una tierra desconocida. Nuestra memoria evoca las relaciones que han inflamado nuestra juventud, que han depositado en nosotros el germen de la pasión por los viajes, é introducido en nuestra alma, como un aguijón, el ejemplo de tantas grandes acciones.

Se representa uno, en este cuadro mudo, ciertos episodios característicos. Desde luego, al viajero que se guía trabajosamente auxiliado de la brújula, y se abre un camino al través de los montes y malezas de la naturaleza virgen, con el cuchillo y la carabina; en seguida, al colono que con el fierro de su hacha, abate los árboles gigantes y construye su choza solitaria; después a los indios que armados del arco y de las flechas, en el pleno ejercicio de sus derechos hereditarios recorren libres y salvajes, su antiguo dominio, y con sus tiros emponzoñados, derriban indiferentemente todo enemigo, carnicero aullador, ó intruso de rostro blanco.

Tales son las imágenes que se colocan en este vasto y libre cuadro. Al mismo tiempo, un nuevo infinito se abre a nuestra alma,

el corazón se eleva y se vigoriza a la idea de penetrar en fin, realmente, en el mundo del *Mato virgem*.

Mato virgem, ó simplemente *Mato*, es el término propio de que se sirven los brasileños para designar el verdadero bosque virgen, aquel que jamás ha sido profanado. Hacia tales bosques nos dirigiamos en este momento. A lo largo de la costa, ellos no se extienden mas que hasta esta comarca; porque todo lo que se nombra bosque primitivo, no es por solo esto, el *Mato virgem*, bien que viajeros novicios sean inducidos y casi autorizados a tomar todo lo que ven aquí por un *bosque virgen*.

Hay bosques tan impenetrables, tan embarazados por las enredaderas, que el europeo los bautiza desde luego con este nombre, y sin embargo no son sino *capoeiras*, es decir, partes que han sido ya cortadas, pero que en muy poco tiempo han crecido tan extraordinariamente, que es necesario estar habituado a esto, para distinguirlos de los bosques vírgenes. Pero cuando se ha visto el *Mato* y las *capoeiras*, la diferencia se hace bastante sensible. En el bosque virgen hay árboles gigantes diez veces centenarios y especímenes gigantes de ciertas esencias de árboles extremadamente preciosas, que no se encuentran mas que sobre el terreno que les es propio. La edad y el espesor de las enredaderas son tambien, para un ojo ejercitado, signos distintivos.

Fazenda da Vittoria, 16 de Enero de 1860.

Muy de madrugada se vió reinar a bordo esa agitacion febril que se manifiesta invariablemente en el momento de las grandes aventuras. Son las interpelaciones, la inquietud ordinarias de las gentes que se preparan con mil cuidados de detalle, a una empresa proyectada; las sensaciones se cruzan, las imágenes se suceden, una pregunta sigue á otra; se hacen mútuas exhortaciones, se averigua si un amigo ha olvidado esto ó aquello; se reúnen los objetos necesarios, se habla de los instrumentos de que se tiene necesidad, y enteramente entregados á estas ocupaciones, no se puede esperar con paciencia el momento de obrar. Estas crisis preliminares, son de dos especies: las unas excitan un calofrío de temor, las otras un estremecimiento de placer. ¿Se trata de una

gran solemnidad, en donde se debe figurar en público, ó en donde está uno condenado a hacer una arenga templada, ó a decir un brindis decente; ó bien está uno afligido por el cielo a causa de un grave exámen que se tiene que sufrir, y en que se debe demostrar en términos bien escogidos, que en realidad no se sabe gran cosa? En tal mañana, las horas que se suceden, son la mas horrible tortura a que puedan someterse los nervios del hombre? ¿Se esperan acontecimientos agradables, interesantes, propios para enriquecer notablemente nuestra experiencia, para procurarnos nuevas conquistas en el dominio del saber y nuevas victorias interiores? Entónces, las horas de preparacion son de una dulzura poco comun, no obstante que ponen la paciencia á una ruda prueba. Pero jamás se experimentan, en este género, tan nobles emociones, como en los viajes lejanos: con alegría y reconocimiento recorro yo en mi memoria los instantes que a ella se presentan como los linderos miliarios monumentales sembrados sobre el camino trazado por mis recuerdos.

¿Qué emociones no he experimentado en mi primer viaje, a lo largo de las costas, cuando me dirigia hácia el noble Acrópolis de Atenas, esa ciudadela divina, en donde brilla aún la llama del genio griego; en donde sus pensamientos inmortales parecen aun vivir en el mármol? ¿Con qué ansiedad y con cuánta inquietud no he trepado el Vesubio para espiar los secretos de la actividad infatigable de las potencias subterráneas? ¿Con qué impaciente ardor no he entrado a la Tribuna de Florencia, ese santuario del arte, para estudiar allí, en silenciosa admiracion, esas inmortales obras maestras, desde las del siglo de Fidias, hasta las de la época floreciente de Rafael Sancio? ¿Y para admirar la Alhambra, ese sueño misterioso de los *encantadores* árabes, con qué presteza no he atravesado la fresca verdura de los prados, sin detenerme en los rosales y en las fuentes que me rodeaban? ¿Cómo latia mi corazón cuando pasaba la puerta *del Popolo* para entrar en la Ciudad Eterna; cuando subia las gradas de la Basilica de San Pedro; cuando visitaba por la primera vez, a la luz de la luna, ese inmenso Coliseo, en donde reina el silencio de la muerte? ¿Qué ardientes deseos y qué impaciencia, cuando he recorrido por la segunda vez el desierto,—el desierto sin límites,—cuando sobre un ligero

corcel devoraba la inmensidad de los abrasadores arenales, para ir a meditar el enigma de las pirámides? ¿Cómo las horas me parecían largas, mientras atravesaba las montañas de Judá para visitar como peregrino el sepulcro del Salvador? ¡Cuán solemne fué el momento en que franqueaba la última cresta de las rocas, desde donde mis ojos descubrían las cúpulas de Sion, que se elevan hasta el cielo!

Semejantes momentos no se presentan sino en un viaje; nada hay mas noble ni mas puro en la vida humana: es la dulce compensación de las rudas fatigas y de los esfuerzos sin descanso. Tales eran las emociones que al fin de una larga expectativa, experimentábamos esa mañana. Se tomaban armas; se recordaban una vez mas las prescripciones relativas al bosque virgen: se repasaba en el espíritu todo lo que se había leído sobre este asunto. El botánico preparaba sus cajas y sus pequeñas cestas, empaquetaba papel gris para secar las muestras nuevas; el cazador preparaba sus armas para declarar la guerra a toda la naturaleza, desde el colibrí hasta el tapir. Ni aun se olvidó llevar agujas y tapones de toda especie, botellas de espíritu de vino, y una cantidad de materias químicas para tomar y conservar todo lo que se arrastra ó vuela. El pintor cortó sus lápices y puso en orden su album para dibujar, pero sin hacerse una carga demasiado grande; era un hombre experimentado, y que había visitado ya muchas veces el bosque virgen. El doctor preparó su lanceta, dispuesto á sangrar cuando fuera necesario; se introdujo una multitud de contravenenos en sus bolsas, para los casos de mordeduras de serpientes, y dispuso toda una farmacia portátil, á fin de sacarnos vivos en cuanto dependiese de él, del fondo del *Mato Virgem*.

En cuanto a *Mi Pequeñez*, ella se ocupaba al mismo tiempo en reunir todo un arsenal de invenciones, de las que había yo hecho una colección en Europa. Tenía allí trajes de merino blanco, ligeros como el pensamiento, ejecutados por el gran Gunkel, según mis inspiraciones; tenía allí también un gigantesco sombrero de paja, provisto de un velo como había observado que llevaban los ingleses en Egipto; tenía allí igualmente, un largo cuchillo pendiente de una banda azul, en forma de chal. Esta arma estaba destinada a cortar las enredaderas, y en caso de necesidad, para

desollar a algun gefe de *Botokudes* demasiado atrevido. Dos *revolvers* fueron muy bien cargados para sostener los combates de vida ó de muerte, del bosque virgen.

Un lindo estuche de bolsa contenía todo lo que se podía desear, desde el espejo hasta las navajas de barba. No debía olvidarse tampoco la linterna. Los libros, con todo lo necesario para escribir, fueron colocados en un paquete; los tapetes y *plaid*s dispuestos en rollos. Se llevó además azúcar, café, chocolate, bizcochos y vino.

¿Qué necesidad podíamos tener de todas estas provisiones? La experiencia es la que debía decirlo, porque en los viajes ella es la que dá las mejores lecciones. Tres oficiales del buque fueron invitados por mí a tomar parte en la expedición. Cada uno de ellos se proveyó de un pequeño arsenal particular, sobre todo de objetos propios para la caza. En cuanto a las gentes de servicio, las redujimos al mínimun. Un marinero de los que componían la tripulación, había dado la vuelta al mundo con la *Novara*, y se decía instruido en el arte de preparar y empajar animales: él cargó con todos los instrumentos destinados a este uso. Se tomó solamente además de él, al doméstico de uno de esos señores, jóven muy ejercitado en tirar. En semejantes empresas, los criados europeos no son sino una plaga: es necesario estar animado de la mas viva curiosidad, para soportar de buen humor las penalidades inseparables de la expedición. Cuando las fatigas inevitables en semejante caso no han sido previstas en la contrata de un doméstico, no se puede imponérselas, sin violar el principio según el cual no se debe exigir de un hombre aquello a que su deber no le obliga. Expediciones de este género, son una cosa absolutamente *personal*; en tanto que ellas duran, no hay rango ni casta. En el seno de la naturaleza primitiva, no hay mas que el hombre primitivo: nadie puede resolverse a arrostrar los peligros y las fatigas que allí le aguardan, sino por el ardor de su deseo absolutamente libre. Cuando se quiere tentar semejantes empresas, es necesario persuadirse que allí toda preocupacion de rango desaparece, que cada uno debe contar únicamente con sus propias fuerzas y con su habilidad personal, y que la sola regla que subsiste es pensar en sí. Si no quereis obrar por vosotros mismos y protegeros a vosotros mismos; si no podeis conducirnos sin la ayuda y el apoyo de otro, quedaos en

vuestra casa. ¿Abigail la pretension de penetrar en los misterios de esta naturaleza que nada ha turbado desde el día de la creación? Tened dos buenas piernas, dos brazos nervudos, una cabeza sólida que se represente claramente su objeto, y no se deje desviar á la derecha ni á la izquierda. “¡Adelante sin interrupcion!” Hé aquí cuál debe ser el grito de guerra: “Yo soy yo,” es la palabra que he adoptado para el bosque vírgen. Para cualquiera que tiene la desgracia de haber estado, a consecuencia de su nacimiento, rodeado siempre de servidores y garantido por pantallas oficiales; para aquel a quien desde la cuna todo se le ha dado mascado, todo preparado, todo dicho de antemano; para aquel a quien la etiqueta ha trazado siempre su camino como entre dos bandas de fierro, nada puede ser mas saludable, mas benéfico, que encontrarse en situaciones en las que no puede apoyarse sino en su propia fuerza y en su propia voluntad; que penetrar en las regiones donde no hay chambelanes para quitar de delante de vosotros las enredaderas con mano elegante, y dejarse morder, en una actitud respetuosa, por las serpientes venenosas. Quizá en los salones perfumados se os llamará buscador de aventuras; yo creo que las aventuras de este género son muy útiles para formar el carácter, y creo tambien que ellas se convierten en una necesidad para las naturalezas vigorosas, que procuran salir de un régimen de vida enervante. Por mas que procuréis no exponeros jamás a la fatiga y al peligro, no por eso dejarán de sobrevenir os en la vida de todos los días circunstancias extraordinarias, y entónces os encontraréis débil de cuerpo é inerte de espíritu. Desgraciadamente la Europa está ya de tal manera refinada, que no se encuentra uno en el caso de contar con sus propias fuerzas. Las grandes cazas en los Alpes salvajes son quizá para los *porfirogenetas*, el solo medio que subsiste de ponerse frente por frente con la fatiga y el peligro. Desde el funesto reinado del *rococo*, es decir, desde la época lamentable en que la peluca comenzó a parecer en una aureola de polvo, y en que la grande espada se cambió en un bonito espadín de salon, verdadero juguete para las damas; desde que los torneos y los juegos guerreros fueron reemplazados por las frases escogidas y la frivolidad de las córtés, es necesario que los hombres de buena voluntad se pongan á buscar por sí mismos la

escuela de la independencia personal, a riesgo de ser tratados como buscadores de aventuras; y todas las veces que ellos encuentren una ocasion de hacer progresos en esta ciencia, deben considerarse bien felices y dar gracias al destino.

Las casas de Ilheos se parecen todas á las de Itaparica: las mismas ventanas sin vidrieras; la misma apariencia de construccion provisional, recordando las casitas de madera que sirven de juguete a los niños. La mayor parte de las habitaciones en el Brasil llevan el sello de la improvisacion; no son sino abrigos contra la humedad y el sol. La lluvia nos obligó a detenernos en una de ellas: este retardo fué una viva contrariedad para la impaciencia que me impelia hácia adelante. No sucedió lo mismo a nuestro amigo K..... espíritu práctico que aprovechó el tiempo para hacer arreglar los paquetes y los botes por robustos esclavos. En cuanto a mí, empleaba este tiempo en contemplar la singular exposicion de hombres de color que presentaban las casas y la playa. El pintor la reproducia sobre el papel.

Los colores de la piel y las razas mas diversas estaban allí representadas, sobre todo entre los niños de los que habia una multitud. Desde nuestros semejantes de rostro pálido, hasta los descendientes de los africanos negros como el carbon, todos los matices se encontraban allí. Habia tambien brasileños de color amarillo, horribles mulatos, resultado de todos los géneros de mezcla, y aun indios cobrizos de la raza de los *Botokudes*. Era la primera vez que yo veía tipos de estos últimos con sus anchas caras y sus ojos negros de mirada penetrante y móvil. Las negras estaban vestidas aquí como en Bahía, pero con ménos coquetería, con una camisa blanca flotante, enaguas de algodón de color, y de una pieza de tela arrollada en forma de turbante alrededor de la cabeza. Eran, en su mayor parte, de una talla elevada, pero de feas facciones y de una boca grande cuyos dientes blancos mostraban al reirse un aire impertinente. Los jóvenes negros llevaban un pantalon de tela corto, y los mas una camisa de un azul opaco y un pequeño sombrero de paja plantado sobre un cráneo deprimido y cubierto de una lana corta.

Me impresionó sobre todo la fisonomía de ciertos niños de cara blanca, pálida y lívida, de ojos de color miosotis, de un cabello

de color amarillo paja todo erizado. Me recordaban singularmente a los chicos de nuestros campesinos de Alemania. Me acerqué a dos muchachos un poco mas grandes que los otros, y les hablé en aleman. Ellos me miraron con espanto, sin poder responderme: todo lo que pude obtener, y eso con muy grande trabajo, fué su nombre de familia que era germánico. Eran ellos hijos de emigrados. Se encuentran muchos en Ilheos. No sin experimentar alguna contrariedad, encontré en ellos a unos perfectos brasileños incapaces de entenderse con sus mayores en la lengua maternal. Y despues de esto, los alemanes se asombran de no tener en ninguna parte una situacion independiente, y en lugar de dominar, de encontrarse reducidos a una condicion intermedia entre la del hombre libre y la del esclavo. ¡Qué humillacion para un padre y una madre que conversan con su jóven familia en un idioma extraño! ¡Cuánto no deben sufrir las relaciones domésticas, cuando los padres hablan entre sí una lengua que no es sino un misterio para sus hijos; y cómo debe atormentarse la pobre madre para dirigir a su propia sangre palabras que ella no puede comprender!

Este hecho que se nota aquí a cada paso, debe ser una de las causas principales de la melancolía, cuya expresion se lee en el semblante y en el aire todo de nuestros colonos. En mis viajes jamás he visto un emigrado aleman que pareciese realmente alegre; un sufrimiento secreto parecia pesar sobre todos como un fardo. No son sino los hijos los que algunas veces recogen el beneficio de la existencia calamitosa de los padres. En cuanto a éstos, la ausencia de carácter hace casi siempre de ellos la presa de las nacionalidades extranjeras, que los absorben. Hé aquí la causa del sufrimiento que oprime a estos hombres desterrados que han caído en la dependencia de su jóven familia y se ven abatidos ante la generacion actual. Otra cosa sucede cuando los emigrados son solteros y tienen la buena idea de casarse con las hijas del país. Entónces se establece entre el elemento antiguo y el nuevo un lazo estrecho y vivo, y la nueva generacion no se encuentra ya separada de la precedente por un abismo.

Ilheos posee una iglesia y un sacerdote que ejerce sus funciones para todo el país, muy adentro del bosque.

Pero segun las ideas del Brasil, una iglesia y un sacerdote son objeto de lujo y no de necesidad; de manera que las funciones del buen *padre* no tienen nada de incómodo, ó mas bien no son sino una especie de canongía. Su ministerio se limita en realidad a dar el bautismo: este es el solo sacramento de que se hace uso, y todavía lo administra sin moverse de su lugar: se les envia con este objeto a los recién nacidos en canoas por el curso de los rios. Las otras prácticas religiosas han caído en desuso; y por lo visto, seria difícil observarlas, a causa de la lejanía y de la dificultad que hay para franquear las distancias.

Hay circunstancias fatales que hacen imposible el cumplimiento de las prescripciones de la iglesia. Estas gentes se reúnen de todos los países del universo y se hallan por otra parte absorbidos por las necesidades materiales. Los blancos vienen de Europa con toda especie de creencias, algunos sin creencia alguna; los negros son esclavos; su señor representa para ellos el principio supremo, bueno ó malo; los hombres de piel roja de los que se vé un gran número errar en estas comarcas, realmente no tienen ninguna religion; se dejan, es verdad, bautizar al acaso, y con la esperanza de recibir el bautismo de fuego; pero apenas el acto se ha cumplido por el *padre*, se vuelven tan salvajes como ántes para tomar de nuevo la vida errante en sus bosques impenetrables.

El mal mas grande aún es la ignorancia del clero, su falta de virtudes y la facilidad con la cual acomoda su manera de ser a las circunstancias exteriores, que, por lo demás, hacen casi imposible las prácticas religiosas. Distancias enormes median entre las *fazendas* y la iglesia, y el párroco mismo desde el día en que llega a su puesto, se encuentra como perdido y sin aptitud para cumplir por su propia cuenta las observancias, porque no puede ponerse en relacion con ningun otro eclesiástico.

Cuando las canoas se encontraron dispuestas y medio lanzadas, nos hicimos conducir por nuestros marineros y por los negros; atravesamos como una flecha la concha que forma el puerto y entramos en la ancha embocadura del *Cachoeira*. El cuadro que se presentaba a nuestros ojos expresaba la calma de una naturaleza rica y poderosa. El vasto cristal de las aguas, resplandeciente como la plata, estaba encerrado dentro de la fresca y misteriosa ve-

getacion de los manglares que desciende al rio y deja adivinar las líneas principales de las dos orillas. Detrás de este primer plano se elevan los cocoteros de tronco flexible con coronas cargadas de frutos; y mas léjos aún, alturas de pendiente suave formando un vasto valle, están cubiertas por el bosque impenetrable con sus plantas gigantescas, su follaje de un verde brillante y satinado, sus sombras oscuras y sus puntos luminosos: es la imagen del reposo, pero de un reposo lleno de misterio.

Al principio del camino, no se veía ninguna habitacion en este vasto anfiteatro: ni un solo lugar limpio que hiciese sospechar la presencia de una ermita. Dos canoas solamente que bajaban el rio cargadas de frutos, anunciaban la existencia de creaturas humanas mas léjos, en el interior.

Nuestros negros, observando la direccion de las corrientes, seguian unas veces la orilla izquierda y otras la derecha. Yo estaba encantado todas las veces que pasábamos bastante cerca de los manglares para poder estudiar allí las formas y los movimientos de la vida; nuestra mirada penetraba así en los secretos mas íntimos del mundo vegetal. El ojo seguia la ola bajo las verdes bóvedas de las hojas, en los lugares ocultos llenos de sombra en donde podia descubrir aún nuevas plantas y sorprender las costumbres de las criaturas animadas.

En tanto que nuestras canoas se deslizaban sobre las aguas saladas, no vimos sobre las orillas otra cosa que manglares, desde la planta que se avanza a gran distancia sobre las olas, hasta el árbol enorme cuyo tronco deja colgar sus ramas en la corriente. En los lugares en que el mangle anfibio bañaba sus raíces y su cepa en el rio, se veía una grande actividad en la sombra: los crustáceos vivian allí en la seguridad y en la abundancia, amarillos, rojos, azules, grandes y pequeños, viejos y jóvenes. Estos animales abundaban en muchos parajes donde las raíces cubiertas de limo se elevaban por encima de las aguas, y era un golpe de vista de los mas curiosos y de los mas divertidos.

En vano procuré descubrir serpientes en los escondrijos húmedos encerrados entre los mangles. Estos árboles se parecen a los alisos. En medio de los manglares-*rhizophora* vimos los *malpighies* en árbol ó en arbusto, con flores brillantes, amarillas, del

género de las orquideas; y aquí y allí *ingas* enormes con sus hojillas acabando en punta y divididas en cuatro ó cinco partes, sus pedículos alados, y sus flores blanquecinas de pezon corto de donde penden ricos ramilletes de estambres. Estas flores diseminadas sobre el fondo sombrío de la planta, producen un efecto muy agradable y muy pintoresco: la imaginacion mas atrevida de un jardinero no obtendria mejor resultado en sus combinaciones como lo alcanza la naturaleza tropical en sus poéticos caprichos. A medida que nos remontábamos en el rio y que la influencia de la marea desaparecia, los manglares, cubriendo las orillas y dándoles casi el aspecto de pantanos, cedieron su lugar a una vegetacion mas bella aún, mas variada y mas rica en colores. Matorrales de un verde exuberante, plantas maravillosas toman su nacimiento en una tierra negra y fértil y se amontonan en la orilla de las aguas que las acarician dulcemente. Sus troncos flexibles cubiertos de follaje, extendiéndose por encima de la vegetacion inferior, se inclinan a la corriente para gozar tambien de su frescura.

Sobre estas plantas se mecen altivas palmeras, ó bien un gigante diez veces secular, extiende sus nudosos brazos dominando la superficie del rio.

Innumerables bejucos reúnen entre sí los diferentes pisos, desde la vigorosa verdura que cubre el suelo, hasta el sombrío follaje de los gigantescos árboles, enlazándose con los floridos matorrales: esos mismos bejucos a su vez florecen y se cubren de botones: es un atrevido y fantástico edificio que se balancea al soplo del viento.

Mucho mas abajo, en la vegetacion húmeda de la ribera, allí, donde la ola llega lamiendo la tierra negra y fecunda, bañando las anchas hojas de las aroideas, habita arrastrando alegre vida el pueblo cojo de los cangrejos. En torno del piso de flores que se inclina hácia adelante con su ligera cofia de follaje, entréganse las mariposas a sus locas diversiones: véanse allí especies gigantescas, luciendo sus espléndidas alas a la luz del sol. El cabrilleo de nuestra barca hizo levantar pájaros vestidos de los mas ricos colores, que se guarecian a la sombra de los árboles, y entre otros, un magnífico *sangre do boy*, cuyo plumaje tenia el brillo del rubí, y un número considerable de pájaros que presentaban tintes ne-

gros como el carbon, mezclados con el de amarillo de oro, y llamados en brasileño *Japu-y*: es el *cassicus icteronotus*, cuyo nido que pudimos ver pendiente en forma de saco de ramas muy salientes, es verdadera obra de arte.

Cuando nos hallábamos en medio del río, pasando de una a otra orilla gozábamos de una vista encantadora sobre el bosque que se comprimía en la ribera, desplegando toda su magnificencia a los rayos del sol. Solo sobre las corrientes de agua pueden encontrarse puntos de vista que permitan abrazar todo un cuadro de bosque virgen. Era por lo mismo la primera vez que observábamos esa maravillosa paleta de matices prodigada por el lujo de la vegetación tropical. Vistas así del lugar en que estábamos, colinas enteras brillaban con un inflamado tinte violeta; su resplandor era tan vivo, tan rica la masa de colores, que nuestro botanista no podía explicarse si aquella florescencia pertenecía a una aglomeración de plantas ó a un árbol. Cerca de allí veíanse las plateadas *cecropias*, que reflejaban el sol como la nieve ó el hielo.

Esta incomparable magnificencia se despliega siglos há; todo allí germina y crece libremente, en confusión; pero según leyes invariables, al placer de estas plantas y para gloria de Dios; y sin embargo, el hombre, este sér miserable, se imagina que es el legítimo rey de la creación y que el Dios de bondad trabajó seis días para hacerle un mal! Quienquiera que ha visto la selva virgen no tiene semejantes ideas: ese comprende que el hombre no es más que una de las mil y mil piezas de la gran máquina del mundo, poseyendo desgraciadamente una sola cualidad que lo distingue de lo demás: la facultad de trastornarlo todo.

Mientras más se estrechaba el río, más encanto producía la sublimidad del espectáculo. Más y más se experimentaba el sentimiento de la soledad. Pero también nuestra larga canoa india parecía mejor acomodada a las circunstancias. En esta interesante carrera náutica, Cooper y sus inimitables pinturas se me presentaban sin cesar a mi espíritu. Aun cuando estuviésemos bajo el clima de los trópicos, él mismo era el carácter de las impresiones; era la gran soledad primitiva, la potencia anonadante de la naturaleza. Cada minuto tenía su encanto; a cada momento ofrecíase a nues-

tros sentidos algún nuevo objeto, alguna imágen que sobrepujaba a otra, y esto, sin el concurso de la mano del hombre, conservando cada cosa el carácter impreso por la voluntad del Creador a su grande obra, con todo lo necesario para que florezca y prospere.

Hicimos alto en un lugar cubierto de sombra, al abrigo de las ramas enlazadas por los bejucos que se tendían por el río. Descansábamos en el seno de tan magnífica naturaleza, bendiciendo aquella sombra que nos protegía de un calor siempre creciente.

De repente atrae nuestra atención un ruido salido del recodo del río y vemos aparecer una canoita. Un hombre de estatura alta é imponente, vestido de blusa azul, de larga barba y hermosas facciones que en parte cubría el inevitable sombrero de paja, conducía con nervudo brazo la ligera embarcación remontando la corriente. Detrás de él, en la estrecha cavidad de la canoa, bajo grande quitasol campestre, se veía sentada una mujer en sencillo traje de campesina, de cara pálida y cabellos de un rubio claro.

Formábase un cuadro completo con el fondo verde esmeralda iluminado por un sol espléndido en el silencio profundo de la naturaleza.

Cuando la embarcación estuvo cerca, la mujer de pelo rubio dirigió su mirada hácia nuestro lado: dos ojazos azules de melancólica expresión se fijaron en nosotros. Sin proferir una palabra, se manifestó sorprendida al ver, bajo la espesa sombra, hombres rubios y ojos azules, que parecían corresponder a los suyos como un eco repetido en la boscosa ribera. Dirigiéndonos ella una sonrisa melancólica, inclinó en saludo amistoso su hermosa cabeza, y con el acento más puro escapóse de su pecho un *Guten morgen*, que llegó resonando a nuestros corazones alemanes. De nuestro lado, todas las bocas gritaron a la vez con voz vibrante un *Guten morgen*, que partió del fondo de los corazones en respuesta al de la desconocida. Este saludo cambiado en alemán, sobre las silenciosas aguas, en el seno de los vírgenes bosques, por personas que nunca se habían visto y no debían jamás volverse a ver, producía una impresión que me conmovió profundamente. Aquí es donde por primera vez, tan lejos del país natal, comprendí todo lo que significan estas palabras y este voto cordial. ¿Y cómo había reconocido en nosotros a compatriotas esa pobre mujer tan grave, esa expa-

triada que habita las lejanas soledades del *Mato virgem*? Por la inspiración misteriosa del mal del país: pues en el acento de aquel sencillo *guten morgen*, el oído abierto a la voz del corazón, reconocía al mismo tiempo que la explosión de la alegría, la emoción de una alma destrozada por el destino. El hombre que manejaba el remo permaneció mudo y no saludó: en sus facciones austeras se veía que su corazón, después de haber experimentado los últimos extremos de los sentimientos humanos, se había, por fin, embotado.

La barca siguió su ruta y desapareció detrás de los verdes muros que la espesa vegetación formaba sobre la ribera. Ella continuó hacia la colonia; pero aun cuando viviese yo cien años, no olvidaré nunca el saludo cambiado en el bosque virgen: constantemente resuena en mi corazón la conmovida voz de la pobre expatriada alemana. ¿Por qué estos emigrados son todos tan graves? ¡Necesario es que sea muy doloroso renunciar para siempre a la patria! ¡Y este dolor quiebra ó embota a las almas más fuertes!

Nada hay más caprichoso que un río en su curso y en su aspecto. El Támesis en Londres, carga flotas enteras de buques mercantes; y muy cerca de Londres, en Richmond, no es más que un riachuelo pacífico y risueño, bordado de jardines, que encanta por sus muelles sinuosidades y por sus orillas cubiertas de césped y de sombra. Todos los propietarios de las granjas establecidas en sus márgenes, lo consideran como propiedad suya. Lo mismo sucede con el *Cachoeira*. Hace un instante era como un brazo de mar: su corriente formaba una masa de agua imponente, que causaba admiración ver descender tranquilamente de una sola pieza a través de un llano cubierto de frutos. Ahora, vedle encerrado entre escarpados bordos: su curso es impetuoso, é inquieto, indicando la proximidad de rápidas ó de cataratas. Las orillas no forman ya, como allí abajo, un marco de verdura: se han convertido en el objeto principal, característico; gigantescas plantas más y más hermosas forman otros tantos diques. La corriente debe plegarse a las exigencias de la vegetación, dejarse desviar por los grandes árboles, oprimirse y estrecharse por las masas de matorrales y arbustos. Trozos de granito desprendidos, medio sepultados bajo la vegetación ó cubiertos de espuma por las olas, rompen el

curso de las aguas. La superficie no es ya un espejo de plata: ha tomado el tinte negro, terroso, que es propio del *Mato virgem*, ese color oscuro que solo se observa en los bosques tropicales, signo del vigor y de la fecundidad de un suelo primitivo.

Nada más sorprendente que los efectos de luz y de sombra en aquellas aguas oscuras y en la frondosa vegetación de sus orillas. La esplendente luz que descende del azul del cielo sobre la masa líquida, añade al verde esmalte del follaje reflejos de oro, é incendia los tintes metálicos de las flores. Cerca de allí extiende sobre el río espesa sombra un árbol de prodigioso ramaje, cuya corona parece suspendida sobre las aguas: un zarzal prendido en la escarpada ribera, se inclina a la corriente formando bóveda fresca y sombría. Pásase continuamente del día a la noche, y del misterio de las tinieblas al fulgor de la luz ecuatorial. Si quereis estudiar los efectos de luz, buscadlos en los riachuelos de la América del Sur; pero no sé si lograréis reproducir con colores inertes el fuego de los rayos del sol y el reflejo de las piedras preciosas, ó el secreto de aquellas profundas sombras; creo que más de un hábil pintor fracasaría en semejante empresa.

Después de haber pasado por frente á dos hermosas cataratas, nos hallamos en presencia de un vasto espacio descubierto: habíamos llegado a la *fazenda da Vittoria*, magnífica explotación de un rico plantador alemán. Tocamos tierra, esperamos algunos instantes, y L***, nuestro cónsul, no tardó en aparecer acompañado de un hombre de porte elegante, vestido todo de blanco y cubierto con un gigantesco panamá. Era S*** en persona, el dichoso propietario de aquella gran fazenda, personaje de seguro superior en riqueza territorial y en poder a muchos príncipes alemanes, aunque desprovisto de títulos, de ducado, de cortesanos y de ministerio. Se llegó a nosotros con ademán franco y libre, y aire de cordialidad hospitalaria: es *un hombre* en toda la fuerza del término y verdaderamente digno de este nombre, una de esas figuras enérgicas que revelan desde luego un *carácter*; de cuerpo mediano, anchas espaldas, fuerte osamenta, facciones vigorosas y pronunciadas, tez fresca y sana, rubios cabellos, ojos azules, franca mirada; toda su fisonomía, que expresa una gran fuerza de voluntad a la par que imponente, seduce por la expresión simpá-

tica de benevolencia y de lealtad: es uno de esos tipos acentuados que en nuestra Europa confusa, vacilante, civilizada en extremo, se hacen cada día mas raros, mas imposibles, mientras que en el nuevo mundo, en lucha constante con la naturaleza y formados en la varonil escuela del destino, se desarrollan con independencia y con vigor poco comun. S***, es uno de esos tipos tan perfectamente burilados por el excelente Cooper. Con semejantes hombres pronto se hace conocimiento, y su sociedad es benéfica é instructiva en el mas alto grado. No parece sino que con su contacto, el alma aislada por una refinada y excesiva civilizacion, se fortifica y vive. Poco tardó en establecerse una simpatía real entre S*** y nosotros. El se proclamaba medio austriaco: su anciano padre, patricio de Berna, pero poseedor de bienes considerables en Bohemia, pasa la mayor parte del año en el territorio del Austria. El mismo ha sido teniente en la Guardia de Prusia, y refiere con cierta complacencia que en el mes de Agosto de 1845, siendo todavía un jóven y elegante oficial, fué destinado al servicio de la reina Victoria durante una visita que vino a hacer a las márgenes poéticas del Rhin. Poco despues, no sin causar muy desagradable sorpresa a su padre, y arrastrado segun su propia confesion, por la lectura de Humboldt, resolvió abandonar el mundo viejo, pedante y caduco, y buscar fortuna del otro lado del Océano en el nuevo mundo. Su familia y todas las viejas pelucas de la vieja Europa menearon la cabeza reprobando su empresa, y todavía hoy gimen por la suerte de este hijo pródigo. Pero el que vé a S*** en todo el ensanche de su viril energía, rodeado de una familia floreciente, poseedor de una hermosa propiedad; el que sabe el respeto de que se le rodea, cómo cada uno espía con diligencia sus menores órdenes, cuán independiente y libre es en ese rincon de tierra, en donde responde únicamente a Dios y a su conciencia, y de qué modo es, puede decirse, verdadero soberano, sin el peso y los disgustos de la púrpura,—ese no puede ménos que aprobar al hábil y activo *fazendero* de haber arrojado el uniforme de oficial, de haber cambiado el puntiagudo casco por el panamá, y renunciado al honor problemático de llegar, despues de treinta ó cuarenta años de servicios, al grado de comandante. En la condicion actual de la Alemania, razon se tiene para abandonar esta patria con sus

gobernantes clasificados, y crearse una nueva con la energía propia, la constante voluntad, la inteligencia y la tenacidad. Y buen derecho tenia S***, al recibirnos en sus dominios, para preguntarnos cómo van las cosas en la *Europa fósil*,—preciosa expresion que me enseñó y de que me gusta servirme porque me seduce su dura precision.

Y a pesar de todo, ¡el filisteo alemán no ha podido lograr desprenderse completamente de sus antiguos hábitos! Chistoso me pareció que cuando L*** fué a anunciarle nuestra inesperada visita, no hallase palabras bastantes para excusarse de no tener la casaca negra, ni la corbata blanca reglamentaria para recibir al príncipe en los confines de su territorio con una alocucion y un cortejo de jóvenes (¡jóvenes negras, sin duda, vestidas de blanco!) conforme al uso tradicional. Lleno aún con el recuerdo lejano y nebuloso del viaje de la reina Victoria, se esperaba, a lo que parece, que hariamos nuestra visita a los bosque vírgenes, con cruces y cordones, chambelanes bordados, ayudas de campo con plumeros y lacayos galoneados! L***, que por experiencia propia sabia a qué atenerse en el particular, lo tranquilizó lo mejor que pudo; pero S*** solo se tranquilizó completamente, cuando nos vió presentarnos de botas groseras y en nuestra vestimenta primitiva: entónces respiró libremente como si una piedra enorme se le quitase del pecho.

Condújonos á su *fazenda*, pasando por un prado descubierto, de suave pendiente, bañado por los ardientes rayos del sol de medio día. Antes de llegar a la region de los edificios, entramos en una avenida algo larga de *Yacarandas*; pero admirablemente hermosa: estos árboles formaban una ligera bóveda que proyectaba espesa sombra. La avenida daba acceso al último cercado formado por tupidos arbustos. Abrióse la puerta y penetramos en una pequeña cañada que es punto de partida de la *fazenda*.

A la izquierda, sobre la altura, en la extremidad del camino que seguíamos, levantábase la casa del dueño en un lugar descubierto, con la veranda obligada detras de la casa. Una construccion rústica apoyada en los linderos del bosque contenia las cocinas y las habitaciones de la servidumbre: por supuesto que tambien tenia su veranda por delante. En un punto ménos elevado, á nues-

tra izquierda, habia un edificio destinado para guardar las provisiones y la herramienta. A la derecha, cerca de la entrada de la cañada, veíase un antiguo molino de azúcar con sus ruedas y sus conductos de madera para el agua: su forma recordaba los molinos de aserrar de nuestras montañas; pero ya no servia para nada. El agua necesaria para el movimiento estaba represada en un lugar rodeado de pequeños almacenes, y venia de un estanque vecino que recoge todas las aguas de los montes cercanos. Del lado izquierdo del vallecito y al pié de una altura se extendia una habitacion estrecha, larga, hecha de adobes, que por su situacion y su aspecto hacia pensar en los establos de bestias de nuestro país. Y en efecto, era el corral de los esclavos. La construccion está dividida en celdas para cada familia: las ventanas y las puertas se abren todas del lado de la casa del amo, que las domina: por afuera no es accesible esta construccion, con el objeto de hacer mas difícil la fuga.

Entre la casa del amo y el estanque, crecian en una fresca pradera, cocoteros y árboles de pan, formando una transicion para llegar al bosque. En su sombra se esconde una casa de baño desde la cual se puede ver todo: un conducto que llega a la fuente la llena continuamente de agua fresca y abundante.

Los edificios son de planchas y vigas ligeras. Su carácter es mas que sencillo, sin ningun adorno, y muy distinto de lo que mi imaginacion habia soñado. El espíritu práctico de estos hombres que luchan sin cesar con la naturaleza, ahoga toda poesía y hasta la idea de la comodidad. Añadid á esto la costumbre de despojar las cercanías de las casas de todo vestigio de vegetacion: ni un árbol para dar sombra, ni una mata florida, ninguna de esas enredaderas que trepan en las verandas; ni un jardincito, cosa que seria tan fácil! ¿Y por qué tan completa ausencia de lo agradable? Dos razones hay para ello: el temor a los animales venenosos que pueden ocultarse en la sombra, y la vida siempre fuera, en medio de la opulenta naturaleza cuya exuberante fecundidad domina al propietario y hace que no desee la casa, sino para pasar la noche.

La fazenda en sí misma, no tiene, por idéntica razon, nada de hermosa ni de poética: es cosa prosáica perfectamente insípida;

pero lo que es y permanece admirable, son las vistas de los alrededores, la vista sobre las masas de árboles del bosque, que se amontonan unas sobre otras como montañas de nubes. Allí todo respira poesía: esa vida libre, independiente, toda de esfuerzos y de combates, ese aislamiento tan profundo, esa necesidad a que están reducidos los colonos de no contar mas que en sus propias fuerzas y en los recursos de su espíritu, todo esto se apodera del alma y la eleva a pesar de lo que puede haber en los pormenores de tosco y sin gracia.

En el interior de los edificios se vé constantemente la actividad de la vida y el movimiento de una grande explotacion. Los vigilantes van y vienen; el mecánico dispone y repara las máquinas; los esclavos se cruzan en todas direcciones, obedeciendo ciegamente a la menor señal que les dirige el ojo penetrante del amo; las negras traen los objetos necesarios para la cocina, sacan agua, lavan la ropa; los negritos se entregan a sus juegos de que nadie se ocupa; suben y bajan las rampas caballos relinchando, y los puercos de cola retorcida rondan al rededor de las casas buscando su alimento.

Asístese por todas partes a un movimiento que testifica de un gran bienestar y de un orden bien conservado. Todo lo que se vé hace directa ó indirectamente parte de un todo perfecto y contribuye a la prosperidad de la fazenda.

Despues de habernos repuesto en casa de nuestro amable huésped, y de haber dejado pasar conversando el momento mas caliente del dia, partimos dirigidos por St*** con direccion al Mato, llevando toda especie de máquinas de destruccion. En pocos momentos atravesamos un cafetal recientemente conquistado sobre el salvaje bosque.

El espectáculo de que se gozaba en este lugar, era de maravillosa belleza: el valle estaba iluminado por los tintes mas vivos del sol en su ocaso. Llenaba las partes bajas la masa sombría de los cafetales entremezclada de plantas en flor: subiendo la pendiente, se dibujaban los límites del valle por el recinto gigantesco del bosque. Eran como murallas macizas que se levantaban bajo la deslumbradora luz de los rayos oblicuos del sol: aquí, el follaje enviaba reflejos de oro; allá, los matices oscuros se extendian hori-

zontalmente en las diversas gradas de plantas y bajo las vastas coronas de los árboles: cual hojas de plata veíase brillar en medio de esas sombras el reverso de las *cecrópias* tocadas por la luz. Cerca de allí un gigante diez veces centenario eleva sobre todos los demás su follaje de metálicos reflejos, y su cima redonda como una cúpula: las bromeliáceas mas brillantes se desprenden de este fondo figurando adornos artificiales, y las trepadoras se enroscan de rama en rama formando caprichosos festones. Bajo las coronas impenetrables a los rayos del sol, se extienden planos de sombra que han prestado sus tinieblas a la noche eterna.

En estas sombras relucen algunos troncos que se tomarían por columnas de plata. Vense alternativamente la oscuridad y la luz, los tintes profundos del crepúsculo y los tonos de la esmeralda. Una expresión de calma, un aire de sublime y solemne gravedad reina en todo el cuadro. Para completar la armonía, el cielo, sereno en el Poniente, formaba un fondo admirable en el que se retrataban vivamente los mas delicados contornos.

Al mirar el recinto del bosque virgen se confunde uno de la grandeza de la naturaleza y de la energía del suelo que puede producir esas masas impenetrables. Puede decirse que se halla uno delante de la cortina que encubre un mundo misterioso conservado por un encantamiento cuyo enigma no ha podido resolverse. Pregúntase uno lo que puede pasar allí detras, qué mundo desconocido y raro puede vivir en esos inmensos espacios de verdura. Sábese que bajo esas inmensas bóvedas todo germina, florece y produce frutos; sábese que criaturas aladas y de plumajes variados, cantan y gorjean bajo esas cúpulas maravillosas; que gigantescas mariposas de flamígeros colores revolotean sobre perfumadas flores; que los prudentes lagartos y las venenosas serpientes se deslizan bajo las yerbas y malezas con sus metálicos reflejos; sábese que desde el sexto día de la creación, todo es allí vida y movimiento, perfumes y canciones; y sin embargo, el enigma no desaparece, siempre excita asombro y admiración, y huye del alcance del hombre.

La parte baja del valle me recordaba los hermosos paisajes alpestres del Austria y me creía como trasportado a mi patria: mas de un feliz recuerdo de las pacíficas horas que habia pasado en el cen-

tro de aquella fresca y poética naturaleza despertóse en mi alma. Verdaderamente notable es que aun en las profundidades de los bosques vírgenes haya encontrado analogías con los Alpes. En Europa solo esas regiones, en sus partes inhabitadas y todavía no profanadas, pueden dar una idea de la naturaleza que aquí tenemos a la vista. Solo en los bosques alpestres se halla la calma profunda, el sorprendente silencio que encanta y hace estremecer, y el verde brillante de la esmeralda; solo allí es en donde la profusión de los helechos, de las gencianas y de las liliáceas, parece un ensayo de la naturaleza para acercarse a la prodigalidad que despliegan los bosques vírgenes en su vegetación. Encuéntrase allí troncos de árboles seculares que no han caído bajo el filo nivelador del hacha; pero que desfallecen bajo el peso de la edad y caen para dar nacimiento en su descomposición a una vegetación nueva: está uno en presencia de una vegetación que existe para sí misma y para gloria del Creador, en lugar de vegetar y florecer únicamente para gloria del hombre. Una y mil veces, en mis excursiones por el Brasil, ha vuelto a presentármese la imágen de los Alpes, ya en rasgos aislados, ya por la impresión general de las formas y de los colores. Y es que en toda la creación reina un pensamiento fundamental; y doquier ha permanecido intacta la obra divina, esa concepción dominante se halla en la semejanza de las proporciones y de las formas, no existiendo mas que diferencias parciales producidas por el suelo y el clima.

Unos puentes hechos de troncos de árboles nos permitieron pasar a la otra orilla, y luego nos encontramos con el muro que cierra el valle. Una especie de tala, con pretensiones de camino bajo el bosque, nos dió acceso al *Mato*. Apoderóse entónces de nosotros ese estremecimiento delicioso que os penetra al acercaros a algo nuevo, grande y misterioso. Es un sentimiento de asombro, de veneración y de esperanza, como cuando se entra en las grandes catedrales góticas, en las inmensas catacumbas de Roma, ó bajo las bóvedas y los caminos de granito de las pirámides. El corazón late precipitadamente, el espíritu y los sentidos se exaltan. Si el ojo se sorprende de ver columnas que se lanzan atrevidamente, majestuosas bóvedas y ricos adornos en edificios de piedra, ¿de qué sentimientos no debe llenarse el corazón de un hombre, cuan-